



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.^o—NÚMERO 20.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Cartas á Elisa: El suicidio, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una herencia de llanto, por id.—**Á la afligida madre de las malegrada María,** poesía, por id.—**Solo un Dios y solo un culto,** por id.—**Seccion para los niños:** La Virgen del Lago, por id.—**Variedades.**

CARTAS Á ELISA.

EL SUICIDIO.

(CONCLUSION.)

¡Ay Elisa! si en nuestra España, que aun se llama nacion católica, se predicara y se practicara de continuo el bien, si los gobiernos velaran por la instruccion moral y religiosa del pueblo, si no permitieran que se le descatoлизase y se le desmoralizase por doquiera, ¿crees que la suma de los suicidas seria tanta? no, amiga mia, yo te juro que no.

El número de esas muertes desastrosas, la repeticion de esos actos terribles, aumenta mas á medida que es mayor la desmoralizacion y la falta de creencias de una nacion; ¡infeliz la nuestra que las presencia ya cada dia!

En tiempo de nuestros padres, cuando en nuestra patria se creia y se oraba, si el infortunio agobiaba al hombre, si la desgracia llamaba á sus puertas para probarle acaso, acaso para purificarle, el hombre alzaba su vista al cielo, y con los ojos de la fé buscaba á través de su azul purísimo, el consuelo de sus dolores, y el hombre se resignaba y sufria y esperaba, porque veia tras la vida una eternidad, y no se concibe la desesperacion por un mal cuyo fin está próximo.

En tiempo de nuestros mayores tambien, si la llama del génio brillaba en la frente de un hombre, si el afan de adquirir saber y fama se agitaba en su mente, iba á beber en las purísimas y claras fuentes de la sabiduria cristiana: iba á buscar luz en esas antorchas de la Iglesia católica, que alumbran sin abrasar. Iba á aprender de sus santos doctores, el profundo y grande Agustin, el dulce y poético Bernardo, e' incomparable y sabio Tomás de Aquino, las verdades filosóficas y las verdades reveladas: y su ciencia era pura y brillante y no extraviaba su razon, sino que levantaba su espíritu hasta Dios.

Hoy, en la avidez de buscar novedades, en la sed de llamar la atencion, en el anhelo de distinguirse de algun modo, se corre en pos de lo des-

conocido, se aceptan todas las innovaciones, consiguiendo solo que las mas extrañas y reprobadas doctrinas, la mas torpe y mentida filosofía, envuelva entre sus envenenadas nieblas los corazones y las inteligencias enfermas ó limitadas, sumiéndolas, porque no puede ser de otro modo, en el mar de la duda, cuyo triste puerto es el suicidio.

¡El suicidio! ¡ay qué cosa tan espantosa, Elisa! El corazon se oprime cuando pensamos en ella!

¡Qué tinieblas tan opacas, qué noche tan sombría y tan horrible envolverá el alma del que realiza tal atentado!

¡Qué corazon tan endurecido, qué espíritu tan pobre, qué imaginacion tan obcecada se necesita para llevarla á cabo!

No, no es posible que nunca haya sido buen católico el que comete tamaño crimen.

Los católicos, los cristianos, aunque seamos cristianos tibios, acostumbramos á invocar á la Santísima Virgen en cualquier desgracia, en cualquier tribulacion, por un hábito constante que adquirimos desde la niñez; y es imposible que el que pronuncia el nombre de María no sienta su alma iluminada por un rayo de amor y de consuelo: es imposible que el que piense en ella llegue hasta el caso de atentar á su vida, porque María es nuestra Madre, y el nombre de una madre es áncora de esperanza y panal de suavísima dulzura para el corazon afligido; porque María es nuestra Madre, y las madres no quieren la eterna perdicion de sus pobres hijos!

Por eso en el pueblo español, entusiasta, creyente, amante de la Virgen María, han sido hasta aquí tan raros estos hechos.

Por eso la nebulosa Albion, protestante y friamente calculadora, es la nacion clásica de los suicidios, hijos naturales del protestantismo.

Luchemos, si queremos combatir este error, con el frio ateismo, con la falta de fé.

Y no sea solo nuestra palabra la que intente llevar el convencimiento á los espíritus incrédulos, no: nuestras acciones, nuestras prácticas conseguirán mas que nuestras teorías.

Mal se aviene el consejo sin el ejemplo, y ¡ay de mí, dulce Elisa! ¡quién al hablar de falta de religion, de falta de fé, estará exento de toda culpa!

¡Quién estará cierto de haber cumplido con todos los deberes que Dios le impuso al decirle: «ama á tu progimo como á ti mismo?»

¡Quién, en algun modo, no será solidario ante Dios de esos hechos que lamentamos, ya insultando la miseria con un lujo desmedido, ya desatendiendo una humilde súplica; ya contribu-

yendo á la desgracia ajena, con una palabra, con una mirada, con una accion impremeditada?

¡Quién, en fin, ya directa, ya indirectamente, no habrá contribuido á entibiar ó á extinguir las santas creencias en el alma del infeliz que muere olvidado de Dios? ¡quién al acusarle estará tan seguro de sí mismo que se atreva á levantar su mano para arrojar en su tumba la primera piedra?

Yo creo que nadie; ¡ay de mí! yo creo que nadie, porque en nuestra sociedad frívola y calculadora, la caridad se ha trocado en egoismo, y en vez de correr para amparar al que padece, nos apartamos de su paso creyéndole un ser cuyo contacto mancha ó contagia.

Por eso, Elisa mia, por eso al presenciar esas muertes tan horribles, debemos alzar á Dios el pensamiento, y con las pupilas anegadas en llanto, rogarle que devuelva á nuestra pobre sociedad la virtud, la resignacion y la fé de que hoy carece! que la devuelva su amor profundo y su sincera devocion á la Santísima Virgen María, ángel de los divinos consuelos y de las divinas misericordias, y que teniendo piedad de los que llamaron á las puertas de la muerte con la mano culpada del suicida, aparte de nuestra España ese mal que la aflige y la llena de espanto, y que prueba á la par su estado de postracion y de impiedad.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

Una vez tomada esta resolucion, solo faltaba encontrar un sitio adecuado para su propósito.

Esto era muy fácil y no tardó en separarse del camino y subir á una eminencia, desde donde podia ver un ancho espacio de terreno, y á donde no podia ser vista, resguardada por las ramas de una añosa encina.

Á su pié se sentó Andrea, y despues de dirigir una mirada en torno para asegurarse que nadie la observaba, sacó la carta y empezó á leer su largo contenido, que era el siguiente:

«Armando, hijo mio: muy próxima á morir y dudando si llegarás á tiempo de recibir mi último suspiro, quiero consignar en el papel lo que no sé si mi labio podrá decirte, y lo que anhelo que conserves en tu memoria, como una triste herencia, ¡la única que puedo legarte! herencia de llanto que inundará tu porvenir.

«Separada de tí por espacio de muchos años,

luchando sola con mis recuerdos y mi dolor, quiero que tú, hijo mío, sepas la desgracia de tus padres, para vengarles al menos, ya que no has podido evitar su ruina.

»Mi esposo el conde Arturo de Fuensanta, era el mejor y el mas noble de los hombres.

»Todos le amaban, le respetaban todos, y solo tenia un enemigo: ese enemigo se llamaba don Diego Lopez de Avendaño.

»Él y tu padre, por una de esas casualidades que mil veces se hallan en la vida, se habian encontrado frente á frente en mas de una ocasion, logrando mi esposo siempre vencerle ó dominarle en todos los terrenos.

»Un ruidoso pleito vino á poner el colmo á esta enemistad.

»No sé en qué circunstancias, no sé por qué motivo, D. Diego penetró en uno de nuestros terrenos con algunos de sus amigos, haciendo en ellas una gran batida con sus ojeadores y con sus perros, y causando al par algunos destrozos.

»Tu padre lo supo y le citó ante los tribunales, porque solo mi esposo tenia derecho de cazar en aquella propiedad.

»D. Diego se negó á satisfacer las exigencias de mi esposo, alegando no sé qué en defensa suya, y aun querellándose de su conducta, puesto que, segun decia, le pertenecia tambien parte de aquella heredad.

»Los defensores de una y otra parte, que comprendian el odio de aquellos dos hombres, igualmente ricos y poderosos, vieron en aquella cuestion una esperanza de lucro, y lejos de calmar y apaciguar sus ánimos, les exasperaron mas y mas, logrando que su aborrecimiento se acrecentase de un modo incalculable.

»La influencia, el dinero se puso en juego por una y otra parte con una actividad prodigiosa, y aquel litigio tomó proporciones colosales, sin que ninguno cediera de su empeño. Ya era, en verdad, una lucha á muerte, una cuestion de honra el ser nombrado poseedor de aquellas disputadas tierras.

»Entretanto se ventilaba aquel litigio, cuyas probabilidades de buen éxito estaban de parte de tu padre, su enemigo intentaba otros medios de ofenderle mas infames y mas reprobados.

»Yo entonces, hijo mío, decian que era muy hermosa: mi esposo me adoraba; llevábamos pocos años de matrimonio, y tú y tu hermana Arabela érais nuestro orgullo y nuestra alegría. Yo te preferia á tí porque te asemejabas á tu padre, y éste preferia á Arabela porque, segun decian, era mi propio retrato.

»Nuestra vida hubiera sido un cielo sin nu-

bes, sin aquella terrible enemistad que me inquietaba muchas veces.

»Yo no conocia á Avendaño, y sin embargo, le odiaba y le temia al par.

»Un dia que me paseaba con vosotros dos en el parque, esperando á vuestro padre que debia volver de la ciudad, noté que un hombre nos observaba de lejos, fijando en mí sus ojos de un modo singular.

»Aquella mirada me hizo daño: por un presentimiento extraño creí encontrar en ella algo de siniestro y atrevido que me estremeció.

»Aquel hombre nos siguió de lejos, mirándome siempre con la misma tenacidad.

»Involuntariamente aceleré el paso y entré en nuestra quinta, no sin volver los ojos al traspasar el dintel de la puerta para ver si el desconocido habia tenido la osadia de continuar detrás de nosotros hasta allí.

»Inmóvil, envuelto en su amplia capa, estaba tras el tronco de uno de los árboles, que formaban ancha calle ante la entrada de nuestra casa.

»Una de mis doncellas estaba ya á mi lado, y sin ser dueña de contenerme la pregunté si sabia el nombre de aquel hombre.

»La muchacha se sonrió, me miró fijamente y respondió sin vacilar:

—«Creo que es uno de nuestros vecinos, porque varias veces le he visto ya cruzar ante nuestra casa; si la señora lo desea preguntaré su nombre á alguno de los criados.

—«No, respondí con viveza; es inútil.

—«Repito que es uno de nuestros vecinos, porque....

—«¡Oh Dios mío! exclamé preocupada por una sospecha terrible: ¡si fuese Avendaño!

»Aquella mujer tomó acaso mi exclamacion por una prueba de interés hácia el que yo habia nombrado, y se alejó de mi lado para ir á saber la verdad.

»Mi esposo no volvió aquella noche: se detuvo mas de lo que yo esperaba, y su ausencia me llenó de pesar.

»Mi doncella era sin duda una mujer bien miserable, pues supuso en mí una infamia.

»Creyó que el misterioso desconocido interesaba mi imaginacion, y pensando halagarme llamó á uno de nuestros guarda-bosques para averiguar quién era el hombre que habia llamado mi atencion.

»Al siguiente dia ya casi me habia olvidado de aquella aventura, cuando al abrir el balcon de mi estancia para respirar el aire fresco de la mañana, ví en el propio sitio en que le habia visto la tarde anterior, la misma figura inmó-

vil, encubierta y siniestra, con la vista clavada en mi ventana.

—»¡Otra vez! exclamé: ¿qué es esto? ¿qué pretende ese hombre? ¿quién es?

»Como respondiendo á esta pregunta, mi doncella entró en el tocador.

—»¡No te he llamado! la dije con tono enfadado; no te he llamado todavía.

—»Es verdad, contestó María; pero como la señorita había mostrado curiosidad de saber si ese caballero se llamaba Avendaño, yo lo he preguntado y puedo decirle que sí.

—»¿Que lo has preguntado?

—»Sí, á Martin el guarda-bosque, que es un buen hombre, y sobre todo, callado para....

—»¡Cómo! y tú....

—»Yo creí que la señorita tenía curiosidad y por eso....

»No la dejé acabar: la hice salir de mi presencia, y al día siguiente, pretestando que sus servicios me desagradaban la separé de mi lado.

»Nada hablé á mi esposo de aquel suceso; temí exasperarle mas, y acrecentar su odio hácia Avendaño.

»Pero desde entonces, siempre que salía de nuestra casa, sola ó acompañada de mis hijos, podía tener la seguridad de encontrarle, ya al volver algun recodo del camino, ya en lo mas espeso del bosque oculto entre la arboleda, ya, en fin, á lo lejos, perdiéndose su sombra entre las brumas de la tarde.

»La conducta de aquel hombre era misteriosa y tenáz.

»Pasó algun tiempo, y un dia, al dar la vuelta á una de las alamedas de nuestro parque, le ví cruzar rápidamente ante mí, dejando caer un billete á mis piés.

»Arabela, mi inocente hija venia conmigo, y cogiendo aquel papel,

—»Toma, mamá, dijo; aquel hombre te ha tirado esa carta.

—»No, hija mia, la contesté con rapidez; esa carta no es para mí: rómpela y arroja sus pedazos al viento.

»Tu hermana obedeció, y yo pensé que habia quedado libre de aquella vergonzosa aventura, y que jamás se atreveria D. Diego á intentar dirigirse á mí.

»¡Oh! cuánto me engañé!

»Aquella noche al abrir mi libro de oraciones, hallé una hoja de papel que solo contenia estas palabras: *¡Os amo, sereis mia!*

»Rasgué con indignacion áquelos malditos renglones, y por un momento tuve intencion de confesárselo todo á mi Arturo; pero el temor me contuvo de nuevo.

»Á la mañana siguiente volví á hallar sobre mi mesa de noche aquellas malditas palabras, que encendieron mi rostro de cólera.

»Yo creí que María era cómplice de aquel hombre, y la hice salir de casa sin revelar á nadie el motivo.

»Así me juzgué libre de todo temor en adelante.

»Pero no fué así.

»Con asombro, con espanto casi, vi otra y otra vez las frases aquellas repetidas ante mí, ya grabadas en el tronco de un árbol, ya en un plegado papel oculto entre el ramillete que hallaba sobre mi mesa, ó en las hojas del libro que tenia costumbre de leer.

»¡Ay! el Sr. de Avendaño debía tener comprado á alguno de nuestros servidores.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA AFLIGIDA MADRE

DE LA MALOGRADA MARÍA.

En la luz de la luna silenciosa
que trasparente y vaga
ilumina tu sien, casta y suave
y brilla entre tus lágrimas,

En el fulgor del trémulo lucero
que cuando el dia acaba
riela solitario, y ténue, y puro
en el mar de tu alma,

No has visto alguna vez, madre doliente
en la noche callada,
la mirada del ángel, que á los cielos
tendió sus leves alas?

Y cuando en torno de tu blanca frente
suspira errante el aura,
remedando en sus ecos misteriosos
gemidos y plegarias,

¿No has creído escuchar el dulce acento
¡ay! de una voz amada,
que murmura tu nombre en el espacio
y que lejos te llama?

¿Es ella! es que su espíritu bendito
rayo de luz sagrada,
desciende á tí para calmar tu duelo
é iluminar tu alma!

¿Es ella, es ella, que hasta el cielo quiere
elear tu esperanza!

«¡No llores, dice, que mi gloria turbas,
no llores, madre amada!

«¡Yo soy feliz! mi gozo es infinito,
es eterna mi palma,
y eterno el ruego que por tí presento
de Dios ante las plantas!

«Mi espíritu inmortal de luz cercado,
amándole te aguarda,
en esta patria de inocentes dichas
¡La patria de mi alma!»

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—»No, le respondí mirándole fijamente.

—»Pues al verte gastar tan sin miedo, despues de creerte en la miseria, se asegura que tu pobreza era una ficcion.

—»¡Cómo!

—»Que la quiebra de tu padre fué tan solo un medio para despojar á algunos crédulos.

«Una llamarada de fuego subió á mi frente y cegó mis ojos.

«Williams no habia perdido su sangre fria, y hablaba lentamente, como para estudiar el efecto que sus palabras me hacian.

—»¡Atentar al honor de mi padre! exclamé; á su honor que le costó la vida! ¿Ignoran que murió por no poder afrontar su ruina?

—»¡Bah! los maldicientes de todo sacan partido: dicen que murió porque era un impío, y porque estaba hastiado de placeres.

—»¡Oh!

—»Y que las riquezas que él supuso robadas son las que tú disfrutas hoy, despues de haber fingido algun tiempo, para engañar á la justicia.

«Toda la sangre de mi corazon afluyó á mi cabeza, y el furor me trastornó.

—»¿Y quién es el miserable que así se atreve á ofender su memoria? grité en el colmo de la ira.

—»Un hombre que pasa en el mundo por justo y honrado: un hipócrita quizá, cuya opinion tienen en mucho los que juzgan por las apariencias.

—»Su nombre, quiero saber su nombre, grité de nuevo.

—»Julio de Mortimer.... yo creo que era tu amigo antes.

—»Sí, en mi niñez.

—»Por eso te aborrece; él, despues de haber pasado muchos años en Inglaterra, y á nuestro lado, profesa el catolicismo acendrado, y tú te has separado de él: es un fanático oscurantista, que se opone al progreso, á la libertad de cultos, á la libertad de conciencia: que daría cuanto posee por destruir nuestra obra, y que se vale sin duda de esos medios para desprestigiarnos en la opinion pública.

—»¡Oh! yo juro que pagará cara su infamia! ¡toda su sangre no bastará á lavar la honra de mi padre!

—»Le dan mas crédito, dijo Wamprey lentamente, porque le suponen bien informado á causa de vuestra antigua amistad, y de algunos negocios que efectuó con tu padre.

«Todas estas palabras caian como plomo dorado sobre mi corazon, convirtiéndome en un demente, que solo sueña en la venganza.

«Williams se separó de mí dejando un infierno en mi alma.

«Todo aquel dia lo pasé en un estado de violencia y de agitacion indecible.

«Por la noche debíamos asistir á la capilla de cultos, donde gracias á nuestros inauditos esfuerzos, empezábamos ya á reunir bastante número de personas.

«No sé quién, sin embargo, habia hecho circular ideas extrañas en contra nuestra, y las calles inmediatas á nuestro oratorio se habian visto rodeadas de gentes sospechosas, que intentaban, segun decian, entrar á viva fuerza y dispersar nuestra reunion, arrojándonos de allí por cualquier clase de medios.

—»¡Oh! como en muchas de nuestras provincias, exclamé con pena: hé aquí el fruto de esa confusion de creencias que mirais como un supremo bien! ¡hé aquí el fruto de esa decantada libertad de religiones, que solo puede traer disensiones y disturbios!

—»Nosotros, prosiguió Héctor, estábamos resueltos á rechazar la violencia con la violencia, y nos hallábamos armados convenientemente. «Williams se habia colocado á mi lado, y lanzaba en torno miradas llenas de odio y de provocacion. La capilla estaba llena, pero entre los concurrentes se veian algunos rostros extraños que nos inspiraban poca confianza.

«De pronto Wamprey hizo un brusco movimiento y dijo á mi oido:

—»Creo que esta noche va á suceder aquí algo grave.

—»¿Por qué? le pregunté tambien muy bajo.

—»Porque allí, á la entrada, y cercado de dos ó tres desconocidos, he distinguido á nuestro

»mas encarnizado perseguidor y á tu mortal enemigo.

—¿Á quién? pregunté próximo á dejar mi asiento; ¿á quién?

—Al que dice que tu padre fué un estafador, murmuró Williams excitando de este modo mi odio.

—¡Ah! exclamé sin poder dominarme, ¿está aquí?

—Sí, allí está Julio de Mortimer; respondió señalándome con una mirada la puerta de entrada.

»No sé en aquel instante qué nube cubrió mis ojos; pero todo lo ví de color de sangre.

»Quise levantarme, correr hácia aquel hombre de quien en otro tiempo habia estrechado la mano, pero Wamprey me sujetó por un brazo, diciéndome muy bajo pero con gran energía:

—¿Qué vas á hacer? ¿quieres dar armas á nuestros enemigos, promoviendo una lucha? espera, deja que ellos den el primer paso, y tiempo tendrás para castigarle.

En aquel instante, un murmullo confuso empezó á interrumpir la voz de nuestro ministro, que leía tranquilamente la Biblia.

»Á este rumor empezó á responder bien pronto el que producian las exclamaciones de indignacion de los nuestros.

»Algunos empezaron á ponerse de pié, y en breves momentos una confusion general reinó en toda la sala.

»Aun no se habia dado el primer golpe, y ya gritaban todos, y todos se arremolinaban hácia la puerta queriendo ganar la salida.

»Los que estaban en ella, no solo impedían el paso, sino que procuraban avanzar en direccion hácia nosotros.

»Yo estaba trastornado.

»Entre toda aquella multitud, entre todo aquel desórden, solo veia á Mortimer frio, sereno, destacándose de sus compañeros.

»Mi corazon latia con violencia y en mi oido zumbaban sin cesar las palabras de Williams, repitiendo: «ese hombre ha infamado la memoria de tu padre, ese hombre te cubrirá de oprobio si no haces que enmudezca.

»De pronto una voz gritó en el centro del salon:

—»Abajo el protestantismo; abajo sus defensores; abajo los que intentan arrojar en el católico suelo de nuestra España su maldita semilla.

—»¡Abajo! repitieron otras cien voces al par.

—»¡Fuera los intrusos! ¡fuera los enemigos de nuestra secta! ¡fuera los intolerantes! respondieron con fuerza todos los nuestros.

»No fué necesario mas para que unos se arrojaran contra otros, trabando una lucha horrible.

»Yo corrí, aprovechando aquellos instantes, hácia Julio, que era el primero que diera la señal de alarma.

»Cuando le tuve al alcance de mi mano, estendi el brazo y le sujeté con fuerza.

»Entonces, y por una casualidad inexplicable, las luces cayeron á tierra, dejándonos sumidos en una completa oscuridad.

»Sordo rumor de golpes se escuchaba, solo mezclado con algunos ayes y algunos juramentos.

»Sin embargo, las puertas abiertas de par en par, daban salida á cada momento á una multitud de hombres, que sin conocerse se maltrataban horriblemente, ensañándose con furia unos contra otros, y ansiando exterminarse mutuamente, por la idea que cada uno queria defender.

»Yo, con el brazo de Julio entre mi mano, le sujetaba siempre, sin dejarle dar un paso, ni dirigirse, como sus compañeros, hácia la calle, pero sin alcanzar á herirle, porque se interponia á cada paso la multitud en recias oleadas.

—»¡Oh! exclamaba Williams; castigemos á estos miserables fanáticos, que se oponen á nuestros deseos; escarmentémosles, para que respeten nuestras reuniones, y respeten nuestra libertad.

—»¡Julio! murmuré yo un instante ya junto á Mortimer; has calumniado á mi padre muerto, y vengo á pedirte cuenta de tu infamia, y á decirte que eres un miserable.

—»Suéltame, gritó él, y déjame salir; los tuyos apalean villanamente á mis compañeros y yo quiero ir á defenderlos: aquellos son mas y abusan de su número; déjame ir, no me sujetes.

—»No, no, te engañas; no te escaparás de mi mi furor, calumniador villano.

—»Héctor: eres un apóstata y te desprecio; pero no quiero herirte, déjame, pues.

—»¡Que me desprecias! ¡oh!

»En aquel instante la gritería se aumentó.

»La lucha, sostenida en las calles por los enfurecidos adversarios, habia infundido la alarma en las cercanias, y tomaba el carácter de una asonada.

»La fuerza armada habia tomado parte, y el pueblo, amotinado por aquel desórden, invadía las calles inmediatas, haciendo mayor el conflicto.

—»Es preciso cerrar las puertas, exclamó Williams empujando con violencia en medio de la oscuridad á los pocos que habian quedado en

«la capilla; no nos conviene que lleguen hasta aquí y nos acusen de este desorden.

«Y pasando junto á mí, quiso arrojarme lejos también.

—«Soy yo, le dije, y no quiero salir sin haber castigado á este hombre.

«Wamprey siguió adelante y llegó hasta la entrada; los que se hallaban con nosotros salían resueltos á huir para evitar el caer en manos de la justicia.

«Julio quiso hacer un esfuerzo violento para desacirse de mi mano; yo para impedirlo apoyé un puñal contra su pecho, diciéndole:

—«Si te mueves, eres muerto: no quiero que te escapes sin darme estrecha cuenta de tu conducta.

«Un ¡ay! angustioso respondió á estas palabras tan solo.

«Yo me estremeci de horror y quedé inmóvil y helado.

«La puerta de la capilla acababa de cerrarse, y habíamos quedado solos acaso Mortimer y yo.

«No sé por qué, un secreto terror se apoderó de mí: el cuerpo de Julio pesaba en mi mano de un modo cruel, pero su labio no murmuraba una frase, ni hacia ya esfuerzos para huir.

«¡Williams! grité con todas mis fuerzas, sin poder dominar mi espanto: ¡Williams!

—«¡Calla! no llares la atención hacia este lado; ¡calla!

—«¡Una luz! ¡una luz! pronto, pronto, Wamprey!

«Éste no respondió; pero un instante después, una claridad débil y vacilante se difundió ante mi.

«Mi primera mirada, ansiosa y llena de afán, fué para Julio.

«Estaba lívido, su cuerpo pendía de mi mano, y su cabeza, caída hacia atrás, mostraba su rostro desfigurado: ¡ay! aquel rostro pálido y desencajado era ya el de un cadáver.

—«¡Qué horror! murmuré llena de espanto.

—«¡Sí! ¡qué horror! ¡Oh! tú no sabes, Consuelo, tú no puedes saber el que se apoderó de mí.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

LA VÍRGEN DEL LAGO.

(Continuación).

—Tranquilízate, la dijo, buena madre mía; tranquilízate y no llores así; yo debo obedecer á mi padre y lo haré sin vacilar. ¡Quién sabe si se-

rá feliz á su lado! ¡quién sabe si este miedo que me inspira su presencia es infundado! ¡quién sabe, sobre todo, si Dios me llevará junto á él, para que logre infundir en su alma la fé que ilumina la mía! Luego, tú podrás verme todos los días, podrás ir á Toscana y pasar conmigo muchas horas, alentándome con tus consejos y sosteniéndome con tu amor.

El llanto de Marina redobló ante estas palabras.

—¡Ay, hija mía! replicó: ni aun ese consuelo nos resta; tu padre nos prohíbe volver á vernos.

Cristina se estremeció: las rosas de sus mejillas se tornaron en azucenas; miró con afán á su nodriza y la preguntó:

—¿Te lo ha dicho él?

—Hace un momento.

—Entonces ¡ay! entonces ya sé que hoy empieza mi calvario; pero no temas, tu discípula será fiel á tus lecciones: no vacilará en el camino que la conduce al cielo: no torcerá su senda y aceptará el amargo cáliz que entrevee en el porvenir!

—¡Oh! hija mía, hija mía, yo pediré por tí; yo rogaré que no te abandone á la Virgen María, Madre amorosa de las tiernas doncellas.

—Y yo, al separarme de tí quizá para siempre, tomo á Jesucristo por esposo, y le ofrezco mi sangre, mi vida y mi virginidad, poniendo á los cielos por testigo de este eterno voto, y rogándote á tí que lo santifiques concediéndome tu bendición.

La niña cayó de rodillas á los pies de Marina, y con los brazos cruzados sobre el pecho, aguardó humildemente que la mano de aquella santa mujer se extendiera sobre su inclinada cabeza.

Ésta alzó los ojos al cielo y murmuró una ferviente plegaria, invocando la protección de Dios para aquella frente adorada.

La voz de Urbano, sonando desde la entrada, las hizo á ambas volver de su abstracción y las obligó á darse el postrer adiós.

Un instante después, Cristina subía en una litera, y se alejaba conducida por sus esclavos, mientras Marina, de pie en el umbral de la puerta, la veía partir diciendo entre lágrimas á algunas niñas de la aldea que se habían acercado á ella:

—¡Llorad, hijas mías, llorad conmigo la ausencia de mi amada hija, la mas bella y mas santa de las doncellas de Tirol! ¡Llorad conmigo la ausencia de la inocente compañera que os servía de consuelo y de ejemplo! ¡Llorad conmigo la ausencia de la Virgen del Lago, á quien acaso no tornemos á ver!

Tocaba á su fin el siglo tercero.

Reinaban los emperadores Dioclesiano y Maximiano, enemigos declarados de la Iglesia: opresores incesantes de la ley de Cristo, del Dios cuyo poder y cuya gloria eterna venia á hacer palidecer la gloria y el poder de aquellos hombres poderosos, que se hacian apellidar divinos, siendo formados de polvo y lodo.

La primera persecucion contra los hijos de la Cruz, empezaba entonces con un carácter de crueldad y de barbarie imposible de pintar.

El nombre de cristiano, el título de creyente, era no solo un padron de ignominia sino una terrible sentencia de muerte.

Enemigos del emperador eran declarados no solo los que profesaban la doctrina de Jesús sino los que no delataban ó no contribuian á la perdicion de todo el que creia y esperaba en el sacrosanto Hijo de María.

Las mas severas órdenes, los edictos mas terminantes se habian publicado ya contra los que dejando las sombras de la idolatria corrian en busca de la verdad y de la luz, que brotando de los labios de un Dios, iban á llenar las cuatro partes del mundo trasmitidas de gente en gente por boca de doce pescadores, que de humildes hijos del pueblo se habian trocado en apóstoles de la nueva ley.

Y sin embargo de tal aparato de terror: de tal lujo de crueldad, el cristianismo se extendia mas cada dia, y penetraba en todos los corazones, sin que ninguna fuerza humana pudiera impedirlo, como ninguna fuerza humana puede impedir que la plácida luz del alba ilumine montes y llanos al aparecer en el horizonte.

Urbano, el padre de la tierna Cristina, habia recibido el cargo de destruir á los cristianos de Toscana, en un corto espacio y con la mayor severidad.

¡Ay! este cargo iba á costar muy caro á la pobre niña.

Aquel hombre duro, implacable, que tenia en mucho mas los halagos de la vanidad que los sentimientos del corazon, no tardó en hallar algo de extraordinario y nuevo para él en la conducta de su hija.

Cristina era dulce, humilde, sencilla y modesta como la tímida violeta, pero tambien como ésta, su perfume la descubria y su aroma revelaba su existencia, por mas que pretendiese ocultarse para no ser vista.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

Sucedió no há mucho en la ciudad de Lyon un hecho de que hablan estos dias los periódicos extranjeros, digno de consideracion especial.

Llevaban por las calles de esta católica ciudad el Santísimo Viático á un enfermo. Un obrero, jóven y de siniestra catadura, comenzó á proferir horribles blasfemias. El buen sacerdote calló, y rogó á Dios por aquel malvado.

Parecia que éste iba alejándose del religioso cortejo, y ya le perdía de vista; pero al doblar una vuelta que daba la calle el sacerdote y los acompañantes, otra vez tropezaron con el impio; el cual, dando un bufido de ira, volvió bruscamente la espalda, y se metió á paso largo por el primer callejon que encontró á mano.

Pero, torciendo á poco por otra calle, vuelve á oir la campanilla que anuncia á los cristianos el paso del Santísimo Sacramento: y en menos tiempo que se dice, encuéntrase de frente con el sacerdote que llegaba por otra boca-calle.

Vuélvese atrás precipitadamente, vé una puerta abierta y entra; atraviesa un zaguan y sube por desvencijadas escaleras hasta el último piso. Mas oye ruido de pasos que le siguen de cerca, y poco despues vé al mismo sacerdote que se dirige hácia él.

Entran en una miserable buhardilla, donde, en pobrísimo lecho, yacia un pobre viejo que, con las manos cruzadas, esperaba á su Dios.

Como arrastrado por fuerza irresistible, el impio cae de rodillas; y cuando el sacerdote, alzando la Santa Forma, hubo dicho aquellas solemnes palabras:—Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;—el blasfemo se cubrió el rostro con ambas manos, y rompió en desconsolado llanto.

El buen sacerdote aprovechó este momento de feliz conmocion, y con voz plácida, pero severa, exclamó:

—Hé aquí el Dios cuya infinita misericordia no se cansa jamás de seguir á los pecadores para perdonarles sus culpas y colmarles de bendiciones. Tres veces habeis huido de Él, y otras tantas ha vuelto Él á buscaros. ¿Seréis sordo á su voz? ¿Quereis todavia rechazarle?

Oyendo esto el jóven se cubrió el rostro bañado en lágrimas, y con afanosa voz, ahogada por el arrepentimiento y los sollozos, dijo:

—¡No, padre: no puedo ni quiero huir ya de mi Dios!

Y comenzó á hacer como una pública confesion de sus crímenes, que pusieron espanto á todos los asistentes.

Solamente el sacerdote, cuando el jóven acabó, le atrajo á sí con amor, y le abrazó con todo su corazon diciéndole:

—¡Oh cómo se alegrarán los ángeles y los santos en el cielo, viendo que vuelve á la vida este arrepentido pecador!

Llevóle luego á la iglesia. Y desde aquel dia venturoso, el criminal impio y blasfemo, plenamente convertido, es un hombre de bien, un fervoroso cristiano que vive vida ejemplar.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.